



LUIS FERNANDEZ

GUERRA

JUAN RUIZ

DE

ALARCON

Y

MENDOZA

TOMO I

P06431

R8

Z6

v.1

1872

063410



1080019007

EX LIBRIS
HEMETHÉRII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

50
los 000

D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

Virtus unita fortior est se ipsa dispersa.

ERASMO.

D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

POR

DON LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.



OBRA PREMIADA

EN PUBLICO CERTAMEN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y PUBLICADA A SUS EXPENSAS

TOMO I.

MEXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE Y

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1872



BIBLIOTECA Y MUSEO
Universidad

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA Y MUSEO

40642

V
928
R

PA 6431

R8

26

V.1

1872

EDICION DE "LA IBERIA."



FONDO METEORIO
VALDE DE Y TELLEZ

PROLOGO.

Cuéntase que una tarde de las calurosas del estío de 1614, despues de despedir á los jóvenes duques de Pastrana, príncipes de Mérito, y á su hermano el presto y donairoso garrochador de toros D. Diego de Silva, que en rica y bien tallada carroza salian del jardin de su palacio á solazarse y lucirse por el Prado de Madrid, volvieron al fresco y apacible sitio que un momento habian abandonado, la duquesa vieja doña Ana de Portugal y Borja, señora virtuosísima, y su otro hijo el docto y elegante D. Francisco de Silva y Mendoza, acompañados de tres amigos de casa.

Era el lugar un ameno cenador, por trepadoras parras formado, en torno de cristalina fuente, con muchas y olorosas flores, á la benéfica sombra del convento de Santa María Magdalena, cuyas cúpulas y altos cipreses le defendian de los rayos del sol, ya próximo al ocaso. Allí, delante de las rejas del sa-

003410

lon inmenso donde se reunia la célebre academia, por su discreto y bizarrísimo patrono el Silva, llamada SELVAJE, mantuvieron larga conversacion cuatro de aquellas cinco personas, porque la madre ni habló ni apartó los ojos de los del hijo, anunciándole el corazon que ya no le volveria á ver más en el mundo.

Aprestábase D. Francisco para ir á las guerras de Italia, donde el más desagradecido y funesto de sus potentados, á deshora, en el año precedente, y de golpe, se apoderó del Montferrato, hermosa parte de los Estados de Mantua, con resolucion de arrebatarnos desde allí el nuestro floridísimo de Milan. Se trató de lo impertinente de una guerra que España y Francia pudieron y debieron cortar en su principio, acudiendo á eficaz negociacion; no pasó por alto la ninguna confianza que inspiraba el Gobernador de Milan, Marques de la Hinojosa; y por último, se vino á concluir que el arrojó español sabria dar buena cuenta de todo. Uno de los tres amigos, pasajero en Italia, soldado en Lepanto y cautivo en Argel, pintó muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, regida á la sazón por el grande Conde de Lémos; la abundancia de Milan y los festines de Lombardía, lamentándose de que el peso de sesenta y siete años y la flaqueza y muchas enfermedades que traen consigo, amén de la carga del matrimonio, le atasen de piés y manos para no seguir en aquel punto al alferez del ilustre mancebo, que andaba haciendo la compañía por tierra de Madrid y Segovia.

De poco aliciente hubo de parecer á D. Francisco la vida libre del soldado y el banquetear en las espléndidas lombardas hosterías, porque manifestó hallarse decidido á pasar el tiempo que en Italia estuviese,

Tomando ahora la pluma, ahora la espada;

y que ojalá el Sr. Pietro Giovanni Capriata no se le hubiera adelantado, como de público se decia, en el propósito de reunir datos y noticias para historiar aquellas guerras.

Luis Cabrera de Córdoba, cronista y criado de S. M., que era otro de los tertuliantes, le excitó á escribir las del César Carlos V en aquellas partes famosas, con la prision del Rey Francisco I; examinando atento y sagaz los archivos de Pavia, Milan y Cremona, é inspirándose en las márgenes deleitosas del Pó y del Tessino. Aceptó con gratitud el noble hermano del Duque tan buen consejo; y de aquí se vino á parar en una abstrusa discusion acerca de las partes que debe tener el historiador, y cómo se ha de tratar la materia histórica.

Sustentó Cabrera que el historiador no ha de enseñar más que lo justo y honesto, cumpliéndole ser mudo en las cosas feas, omitir digresiones, reflexiones y arengas de propia invencion; recoger, en cambio, cuanto mayor número de hechos le sea posible; guardarse de aventurar ni una sola palabra que pueda ceder en menoscabo de la forma de gobierno establecida, y desvivirse porque siempre que-

den en el mejor lugar las intenciones de los monarcas y poderosos. Nadie intente desenterrar las graves faltas de lo pasado. ¿A qué sirve? ¿Qué provecho puede traer tan ambiciosa y maligna investigación para lo presente? ¿Qué ha de edificar para lo porvenir? Ampara, como á los vivos, á los muertos el divino precepto que dijo: «No matarás;» y no se matan solamente los cuerpos, sino las honras; destinados aquellos á vivir unos cuantos años, y éstas centenares de siglos. Ni por hombres, sino por espíritus celestes, se ha de escribir el libro de los humanos pecados y flaquezas, el cual se leerá cuando llegue la terrible hora de ser juzgado el mundo.

Pidió licencia para unas cuantas palabras el tercero de los acompañantes, escolar como de veinte abriles, á quien decían Gerónimo Ezquerra de Rozas; y otorgada, insinuó que, no teniendo más libertad que esa, ni más arte, ni mayor espíritu de severa justicia el cronista, la historia no vendría á ser otra cosa que la novela soñolienta de los hombres graves.

—Díganos su opinion el Sr. Miguel de Cervantes, exclamó Don Francisco, interrumpiendo al estudiante aragonés. Cervantes rogó que el Sr. Gerónimo explicara la suya, porque tenía barruntos de que no iba nada fuera de camino; supuesto que la historia ha de ser toda ella verdad, y además, ataviarse con lícitas galas: pues así como la mentira satisface cuando verdad parece y está escrita con gracia que aplace al simple y al discreto, de igual manera la historia nos

doctrina y deleita más apretadamente, cuando ofrece á nuestros ojos tales como fueron, con desnuda aunque honesta verdad, y con su mismo rostro, con la misma figura, el mismo aspecto y su propia fisonomía, los hombres y los tiempos que pasaron. Mas lo primero que hay que averiguar, con perdon de su merced del Sr. Cabrera, es si puede y debe, ó no, escribirse historia; porque si se puede y se debe, nada como ella para formar discretos varones, sabios repúblicos, soldados leales y ciudadanos generosos. Fuerza y sobrenatural virtud de la buena historia, que precisamente proviene y se deriva de tratar verdad en todo, y exponerla, y sustentarla con ánimo ingénuo, y sin pasión y en justicia. Encomiando á los buenos, inflame nuestro espíritu para imitarlos; y entregando á perpétua execración la desvergüenza de los réprobos y la iniquidad de los hombres de su negocio, á muchos por el miedo á la eterna deshonra los apartará del vicio y despeñadero. Prohibenos la ley divina levantar falso testimonio y mentir. ¿Dónde embustero más pernicioso que quien llama bueno á lo malo, ó ya lo cohonesta y disculpa? No es caridad ni lo puede ser lisonjear á los malos y lo malo, sino condenarlo y reprobarlo ásperamente. Me argüirá D. Luis con que siempre se debe decir la verdad, pero no siempre todas las verdades. A esto respondo que, así como por advertencia caritativa el diestro cosmógrafo dibuja en el mapa las sirtes y bajíos, así también el historiador, para lección en lo presente, y bienhechor escarmiento en lo futuro, nota

en su libro los desmanes de príncipes y poderosos, & juntamente las flaquezas que amenguaron la gloria de los héroes y la envidiable luz de soberanos ingenios. En resolución, pues Dios nos ofrece para todo vivos ejemplos de enseñanza, no olviden vuestras mercedes, que los libros históricos inspirados por él, ni callan, ni ocultan, ni desfiguran la verdad, por dura y aceda que se muestre, y aun cuando el decir la venga á descubrir pecados en ascendientes del Mesías prometido, nuestro Redentor y Maestro. Pero oigamos al Sr. Gerónimo, pues me parece que se le están pudriendo en el pecho más de cuatro buenas razones por salirse á la boca.

Ezquerria sostuvo entónces ser imposible escribir historia sujetándose á patron determinado, ni á método uniforme; y que el historiador no ha de haber sido testigo de los hechos que narra, porque así tendrá el ánimo libre y desapasionado para conocer y juzgar la verdad; examinando, sin el amor y afecto de la propia, las ajenas relaciones. Pero ¿qué fuerzas de ingenio y bien decir, si no fueren divinas, bastarán para volver á la luz y restituir á su antigua forma y vida los hombres de otro tiempo? Yacen (como en sepulcros) gastados ya y deshechos, en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí polvos y cenizas, ó cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados; á los cuales para restituirles vida, nuevo Ezequiel vaticinando sobre ellos el historiador, ha de juntarlos, unirlos, engarzarlos, dándoles á cada uno su

encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas; vestirlos de carne con raros y notables apoyos; extender sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de vária y bien seguida narración; y últimamente, ha de infundirles soplo de vida con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse.

La vuelta de los Duques puso término á la sabrosa plática; de allí á cinco dias salió para Italia Don Francisco; donde al año siguiente, sirviendo á su rey, murió como valentísimo soldado, y con él muchas virtudes que le adornaban. Hiciéronle, á 16 de Junio de 1615, en los Clérigos Menores de Madrid, pobre funeral, pero con grande amor, los esclavos de la Majestad del cielo; llevando hachas de cera amarilla en las manos los religiosos, y muy dolorido el corazón los tres interlocutores de la tarde inolvidable del jardín de Pastrana. Al dejar el Templo del Espíritu Santo, preguntó al soldado el escolar, si su merced del Sr. Miguel de Cervantes Saavedra tenia que mandarle alguna cosa para Mallen, pueblo de su naturaleza, y donde estaban sus padres; de quien iba á solicitar permiso para llamar á las puertas de los Carmelitas descalzos, huyendo la engañosa vanidad de la tierra.—Nada más, replicó el anciano, sino que ántes, en alguno de los libros que sé yo que ha de sacar á la luz su buen ingenio del Sr. Gerónimo, toque, pula y atilde cuanto

nos dijo respecto de las partes que ha de tener el historiador para solaz y enseñanza de las gentes. Prometiolo el mancebo, despidieronse con mil ofrecimientos corteses; y aunque tarde, cumplió el aragonés su palabra.

Ahora escribo yo estas páginas, si no con propicia Minerva, en el intento de Fr. Gerónimo de San José, por atrevido que parezca; afianzando la verdad de los hechos y lo probable de mis conjeturas en el testimonio y juicio de autores contemporáneos; y muchas veces en datos preciosos, originales, desconocidos y nuevos los mas de ellos, que la fortuna hizo venir á mi estudio.

Muy léjos nos hallamos de los tiempos de ALARCON y de Cervántes, y no he visto los más de los lugares que describo; ojalá que por una y otra circunstancia haya acertado á conocerlos y pintarlos mejor.

Venga el lector, si gusta, á pasar conmigo una breve temporada en compañía del gran poeta dramático D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

—o:~o:~o—

PARTE PRIMERA

—

CAPITULO PRIMERO.

Origen del apellido Ruiz de Alarcon.—Ascendientes y patria del poeta.—Quién fué su padre.

LUEGO que en 21 de Setiembre de 1177 rindió la fortaleza de Cuenca el rey Don Alonso el Bueno y el Noble, abatidas las soberbias torres de la ciudad, abierto camino por sus deshechos riscos, y trocadas en llanuras sus inacce-

Don Juan Ruiz de Alarcon.—2